

Presentación

La investigación viene reconociendo una relevancia cada vez más señalada a la evocación, el relato y los usos políticos y sociales del pasado. Los clásicos sintetizaron esta propiedad con la máxima ciceroniana de la “historia magistra vitae”, expresión a la que le han sido asignados significados varios a lo largo de los siglos. Los historiadores de la pasada centuria con frecuencia hablaron de la función o importancia sociales de la historia, y desde las últimas décadas el terreno ha adquirido una entidad propia con los estudios sobre memorias y representaciones históricas de toda clase.

De hecho, uno de los rasgos que caracterizan a las actuales tendencias historiográficas es precisamente su cercanía a esas vertientes públicas. Sin duda la globalización cultural, las tecnologías de la información y la comunicación, la sociedad de consumo y la reevaluación del recuerdo han sido responsables de un rasgo como este, que guarda una estrecha relación –la influencia es mutua– con lo que hoy da en llamarse las comunidades académicas digitales internacionales y las nuevas historias.

Naturalmente este fenómeno ofrece ventajas, pero también carga con inconvenientes. Las nuevas historias han adquirido en las últimas décadas un grado de transversalidad o imbricación y capacidad de innovación nunca antes visto. Ahora bien, sus objetivos políticos y su recepción igualmente han generado fenómenos que parecen llevar las representaciones del pasado hasta límites en los que la diferencia entre lo verdadero y lo falso, la investigación y la política de la historia, el presente y los acontecimientos pretéritos, sencillamente se confunden.

En esta entrega número 27, *Historiografías* ofrece un abanico de asuntos que se hallan unidos por la importancia de su uso público. No son temas de nueva planta en la revista –que lleva publicados 156 artículos, otras tantas reseñas y ha tratado una extensa variedad de contenidos–, pero sí añaden novedades a aspectos o campos que le son familiares. En este caso, las películas sobre el Holocausto, el fenómeno del populismo, los manuales de historia, la historia de la historiografía británica, los estudios postcoloniales y el género biográfico.

El artículo de Antonia Tejada Barros, “The Shoah in Film: A Valuable Contribution to the Historiography of the Holocaust and a Glimpse into the Shuttered Voices of the Shoah”, abre el apartado de Historia y Teoría con un tema en el que *Historiografías* ha recalado en dos ocasiones más –el número 18, con el artículo de Aitor Bolaños de Miguel sobre la famosa novela gráfica *Maus*; y el número 23, donde se puede leer el trabajo de Gilda Bevilacqua sobre el llamado debate o problema de “los límites de la representación”–.

No ha pasado desapercibido este último asunto en el texto que ahora publicamos. En él, además de poner en valor diversas fuentes para el estudio de la Shoah, se destina una parte notable a algunos de los más destacados trabajos filmicos que han servido para representar y difundir su memoria en las últimas décadas. El texto es igualmente un homenaje a sus víctimas, dado que la autora forma parte y reivindica su pertenencia a la Tiergarten 4

Association, una sociedad comprometida con la divulgación de las investigaciones sobre los crímenes del nazismo, surgida en Polonia en el año 2003 y ubicada en Berlín desde 2014. Esos filmes –asegura la autora–, más allá de sus concesiones al séptimo arte o de la discusión sobre su capacidad de representación, son ante todo un modo de honrar a las propias víctimas.

Los estudiosos hallarán aquí un análisis de un extraordinario valor en el que, además de un repaso por diversas fuentes de primera mano –un notable rasgo de la Tiergarten 4 Association y de otros organismos en cuyos archivos ha rastreado la autora–, obtendrán interesantes –y a veces atroces– detalles que ilustran el momento histórico específico que recrean las películas y los libros de recuerdos y otros hechos que inspiraron sus guiones. La elección de los filmes, adecuadamente clasificados por tema (la vida en los guetos, las representaciones del exterminio, las de los campos de concentración, algunos procesos judiciales, las representaciones satíricas, etc.), rodados y divulgados desde los años 1990 para acá, no es algo aleatorio. Desde este decenio, en el que se da por terminada la Guerra Fría y las formas de la cultura experimentan cambios acelerados, el recuerdo del Holocausto ha adquirido nuevas dimensiones –de hecho, este cambio se inicia en las décadas de 1970 y 1980 cuando comienza a cobrar fuerza en las relaciones internacionales el tema de los derechos humanos–. Como señalan algunos autores, en los últimos decenios el recuerdo del Holocausto se ha “globalizado” y convertido en la medida de otros genocidios. Esta circunstancia acaso haya podido desdibujar su valor moral, pero a cambio de ello hallamos dos fenómenos muy significativos: por un lado, su valor pedagógico se ha visto reforzado, y por otro, su relevancia dentro de la historia de la Alemania y la Europa de aquellos años, también. Por supuesto que ese alcance fortalecido, como señala la autora, no es completamente reciente y puede remontarse igualmente a la repercusión internacional que obtuvieron el juicio de Adolf Eichmann en 1960 y la obra de la escritora Hannah Arendt. Sin embargo, es en la década de 1990 y las siguientes cuando estalla el problema de la responsabilidad de la sociedad alemana. Las tesis del conocido *Hitler’s Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust* de Daniel J. Goldhagen (1996), a las que la autora se adscribe, son una buena muestra.

El texto de Antonia Tejada deja paso al de Miguel C. Padrón Alemán, de la Universidad de Zaragoza (España), “‘We the people’; interpretaciones actuales sobre el fenómeno del populismo”, quien aborda un asunto que los interesados en la historia del presente y/o del mundo actual agradecerán sin duda. Hace treinta años el populismo se consideraba un fenómeno circunscrito a ciertos movimientos y regímenes de la historia contemporánea, quienes apelaban a un sujeto llamado “el pueblo” para legitimarse, tales como los grupos socialistas rusos de finales del siglo XIX –de donde parece provenir inicialmente el adjetivo populista– y, preferentemente, varias dictaduras nacidas de la época de entreguerras, quienes también acudían a un nacionalismo a ultranza, en nombre de nociones tales como la raza, la nación y el pueblo, para sus movilizaciones y políticas antiliberales y/o enemigas del bolchevismo.

Pero en el siglo XXI, con los cambios políticos posteriores a la Guerra Fría y la decadencia o desdibujamiento de los alineamientos clásicos –los procedentes de las revoluciones del siglo XIX, la Revolución de 1917 y la Europa los fascismos–, el término populismo ha irrumpido en los lenguajes políticos y politológicos para denominar una gran

variedad de situaciones, partidos, movimientos y líderes, que aúnan elementos democráticos y autoritarios o dictatoriales. Esto ha provocado un, digamos, abuso del vocablo y la proliferación de teorías, interpretaciones y opiniones. Aunque cortadas en última instancia por quienes lo rechazan y quienes lo ven como algo deseable, esta situación tiende a desposeer de contenido a esa noción y por lo tanto la debilita o anula para el análisis histórico. El examen de Miguel C. Padrón, con su copiosa bibliografía, su clasificación que distingue tres corrientes fundamentales (el populismo entendido como ideología, como democracia radical y como estrategia política), sus consideraciones sobre sus puntos en común y las críticas que todas ellas han recibido, permitirá al estudioso o interesado abrirse camino en esa maleza de posturas y opiniones. Esta clase de análisis es justamente la que los estudios históricos necesitan para poder abordar el pasado cercano de los fenómenos políticos, sin por ello quedar atrapados en los relatos o mitos generados por estos últimos.

El tercero de los artículos, que pertenece a la profesora Anita Młynarczyk-Tomczyk, de la Universidad Jan Kochanowski de Kielce (Polonia), nos lleva a otra vertiente del uso público de la historia. El trabajo se titula “The American War of Independence as Reflected in Polish Textbooks in 20th and 21st Century”.

Polonia es, como se sabe, un estado-nación resucitado hace una centuria en 1918, aunque como poder territorial y tradición cultural hunde sus raíces en la Edad Media. Este recuerdo y acervo hizo de él en el siglo XIX una de las “nacionalidades” en las que pensaban los liberales coetáneos al evocar esta última expresión. No es casualidad que, con su reaparición como estado, como Segunda República Polaca, uno de sus referentes histórico-políticos fuese la Independencia de los Estados Unidos o “la Revolución americana” (1775-1783), precisamente el acta de nacimiento de la primera república moderna. El artículo de la profesora Młynarczyk-Tomczyk es una aproximación, con fuentes de primera mano, al modo en que los manuales de historia han tratado esa “Revolución americana” durante los tres regímenes políticos que han presidido Polonia en los siglos XX y XXI: la Segunda República (1918-1939), la llamada República Popular de Polonia (1947-1989 –aunque el término “Popular” lo adopta oficialmente en 1952–), y La Tercera República Polaca. Como dice la autora, la repercusión de aquel evento se ha estudiado en la historiografía de su país, pero el modo en el que la educación escolar lo ha representado es un tema que ha permanecido inexplorado hasta ahora. Y, sin embargo, la historia relatada en los manuales escolares es un asunto clásico del moderno uso público del pasado, dada la importancia que se concede a este último para la formación cívica. En este caso la autora hace un repaso por los proyectos educativos de cada uno de los regímenes, por el modo en que estos han visto a los Estados Unidos; la manera en la que han valorado el evento norteamericano como tal; y, en fin, la forma en la que lo han unido al nacionalismo polaco mediante la atención a los voluntarios más emblemáticos que tomaron parte en aquel acontecimiento del siglo XVIII.

Los artículos cuarto y quinto de esta entrega –el cuarto en el apartado de Historia y Teoría y el quinto en el de Varia Historiográfica– se adentran en el terreno de la teoría e historia de la historiografía y rescatan en cierto modo a dos autores poco conocidos, o al menos poco conocidos más allá de sus países y ciertas especialidades académicas; dos escritores que infundieron a su obra un propósito marcadamente político. El estudio del profesor de la Universidad de Santiago de Compostela (España) José Carlos Bermejo

Barrera, “Los pilares del imperio: la India de James Mill”, examina las propuestas historiográficas de quien fue padre del famoso filósofo John Stuart Mill, menos renombrado que su hijo, pero cuya obra y propuestas políticas fueron notables en su época, el período victoriano. Por su parte, la profesora de la Universidad de Córdoba (Argentina), Eugenia Gay, con el artículo “Kusch y la verdad radicalmente situada. Una perspectiva decolonial de la historia”, da a conocer a un autor, Günter Rodolfo Kusch –o simplemente Rodolfo Kusch–, popular en su país y en el subcontinente americano en los campos de la filosofía y la antropología, pero también dueño de reflexiones sobre la historia que hoy pueden ser valoradas a la luz de corrientes historiográficas surgidas en las últimas décadas.

En las obras de ambos autores, James Mill y Rodolfo Kusch, el lector observará dos maneras muy distintas de aproximarse a los fenómenos coloniales.

El trabajo del profesor José Carlos Bermejo nos pone en contacto con el libro de historia que más fama proporcionó a James Mill, su monumental *History of the British India* (1817). Esta Historia forma parte de una tradición literaria que se remonta al siglo XVIII y concibe la obra histórica como la expresión de escritores públicos decididos a aplicar y actualizar la máxima de la “historia magistra vitae”. En el Reino Unido esta práctica tuvo un señalado prestigio gracias a historiadores emblemáticos como David Hume, William Robertson, Edward Gibbon y Thomas B. Macaulay. Se trata de autores que aunaron su conocimiento de la cultura grecolatina, con su experiencia política y su percepción de los cambios contemporáneos (el lector encontrará un cumplido repertorio de escritores, títulos y contenidos que reúnen tales componentes en el clásico de Thomas Preston Peardon, *The Transition in English Historical Writing, 1760-1830*. New York, Columbia University Press, 1933).

En realidad, la figura del historiador-hombre público no fue privativa de Gran Bretaña, sino que también fue notoria hasta bien entrado el siglo XIX en países tales como Francia, los estados italianos, España y Portugal. Sin embargo, los autores británicos mostraron una serie de originalidades intelectuales que el profesor Bermejo ha sabido identificar en la citada *History* de James Mill. Nos estamos refiriendo a la importancia de la economía política, la división de las sociedades en estadios, digamos, evolutivos, que culminan en lo que aquellos escritores llamaron las “sociedades civilizadas” e “industriales”, y el carácter pragmático de esta clase de obras, con propósitos en este caso aplicados a la justificación del colonialismo británico.

Con estos componentes, el perfil que se extrae del autor de *History of the British India* es el de un intelectual meticuloso, buen conocedor de las claves de la escritura histórica de su época, y que cree firmemente que el dominio británico es el único que puede sacar al subcontinente de una situación que él juzga de parálisis y que atribuye sobre todo a las ideas y costumbres del hinduismo. Como dice el profesor Bermejo, James Mill fue un ideólogo del colonialismo inglés –de hecho, en 1817, cuando publica la obra, la presencia británica todavía no estaba consolidada en el subcontinente–. Pero también –subraya– fue un estudioso de la historia capaz de adentrarse en sus complejidades, que propuso un programa reformista inspirado en la filosofía del utilitarismo, la economía política y lo que algunos compatriotas suyos llamaban la “conjectural history” o historia conjetural –un trasunto de la “histoire

philosophique” de los autores franceses coetáneos, solo que más directamente apoyada en la economía política–.

El texto de la profesora Eugenia Gay se centra en dos aspectos de la obra del citado filósofo argentino Rodolfo Kusch, esto es, la crítica que este emprendió a la historiografía de su época y la evaluación de su posible actualidad. La originalidad de Rodolfo Kusch como filósofo contemporáneo es suficientemente conocida en el subcontinente americano: un autor influido por la fenomenología heideggeriana y los estudios sobre Antropología de los pueblos originarios de aquellos territorios. Pero sus reflexiones en materia de historiografía y teoría de la historia han pasado mucho más desapercibidas.

En el artículo de la profesora Eugenia Gay el lector obtendrá un cumplido panorama de las ideas sobre la escritura de la historia de un Rodolfo Kusch, quien desde sus primeras obras publicadas en las décadas de 1950 se adelantó a concepciones que posteriormente han fermentado en los llamados estudios poscoloniales. La citada combinación entre Fenomenología y estudio antropológico del mundo o pensamiento indígena hizo de este pensador un temprano escéptico hacia las corrientes historiográficas de su época –mejor aún, a la teoría del conocimiento que las respaldaba–, y las interpretaciones al uso de la historia americana; un escepticismo que también parece provenir de su militancia peronista y sus apelaciones políticas a lo popular. Así Kusch contrapuso lo que llamó la “Gran historia”, en la que observaba las claves de la “identidad americana”, a la “pequeña historia”, donde veía el reflejo de teorías históricas de su época basadas en ideas “occidentales”. En su opinión, esa Gran historia sería la verdadera depositaria de los relatos de la identidad americana, de las tradiciones, ritos, mitos y leyendas de los pueblos indígenas, esto es, el reflejo de emociones y sentimientos profundos y persistentes que se resisten a ser objetivados – particularmente el miedo–, y que solo pueden ser expresados a través de metáforas y en general figuraciones o relatos de los propios protagonistas, las comunidades indígenas, “el pueblo”. Frente a esto, la pequeña historia se basaría en ideas tales como el pensamiento causal, el progreso, la diacronía, el relato de la Conquista de América, la urbanidad; de modo que tales narrativas habrían quedado reducidas a simple material para los estudios arqueológicos y antropológicos, incapaces –en opinión de Kusch– de expresar la vida de quienes los experimentaron. No es difícil detectar aquí elementos, que se han desarrollado en la crítica filosófica a partir de la década de los años 1980, tales como la primacía y carácter intransferible de las memorias, la concepción de la disciplina histórica como una argucia del poder o relato de la dominación, e incluso el pesimismo hacia la ciencia y la técnica; planteamientos todos que forman parte del llamado postmodernismo –si es que esta palabra tiene algún sentido concreto–, pero que también se remontan a tradiciones mucho más lejanas como las de Friedrich Nietzsche y Oswald Spengler. Dejamos que el lector juzgue por sí mismo.

El artículo que cierra este número de *Historiografías* pertenece a Juan Rhalizani Palacios, de la Universidad de La Rioja (España), y lleva por título “A vueltas con la biografía: una aproximación historiográfica”. El trabajo es una aproximación a un tema que ha dado motivos de reflexión igualmente a otros estudiosos españoles que el autor cita. El texto comienza con algunos aspectos de la genealogía de este género historiográfico, al que

sigue un examen del porqué ha experimentado un auge en la academia de las últimas décadas, para concluir con un útil repaso por la producción de autoría española en tiempos recientes.

Sus consideraciones sobre su genealogía y el puesto ocupado en la historia de la historiografía, desde los autores antiguos hasta el siglo XIX, servirán al lector interesado para que se haga una idea de las complejas relaciones que ha mantenido con la escritura histórica propiamente dicha; aunque como apunta autor, solo es posible hablar de un género biográfico como tal a partir del siglo XVII, lo que coincide –añadimos nosotros– con el nacimiento de la historia política propiamente dicha, esto es, la que se interesaba en lo que más modernamente sería llamado “la razón de estado” y su relación con las guerras de aquella centuria –una corriente política que habitualmente se conoce con el nombre de “tacitismo”–

En el siglo XIX la biografía se convierte en un género literario de cierto pedigrí y enseguida va a hallar cabida en el moderno uso público de la historia, al igual que otros géneros de alcance nacional tales como el de las antigüedades, la pintura histórica, las colecciones de documentos, las historias de los propios países, y el drama romántico. Por su parte, la época de entreguerras del siglo XX inaugurará, como recuerda el autor, un extraordinario interés en las biografías de “grandes hombres”. Entonces se trató de la manifestación de un uso público del pasado que se añadió a otros –tales como las reflexiones sobre las culturas y las civilizaciones, y la literatura sobre experiencias de las guerras, entonces en boga–. Estos usos tan solo pretendían aportar esperanza y ejemplos a las crisis e incertidumbres de entonces, pero tal empresa acabaría asentando el género entre el público, sin que semejante interés haya menguado desde entonces. Ahora bien, también cierto que la renovación de la historiografía en Occidente en las décadas centrales del siglo XX, con su interés en los fenómenos colectivos –clases, estructuras socioeconómicas, movimientos, conflictos sociales y mentalidades colectivas–, pareció relegar la biografía a un puesto académico periférico, negándole la posibilidad de reflejar los problemas fundamentales de una época. Ha sido el surgimiento de las llamadas “nuevas historias” –particularmente la historia cultural con sus diferentes variedades– a partir de las décadas de 1970 y 1980 la que parece haber rescatado el género biográfico para la academia. La paralela democratización y desarrollo del consumo de historia también han jugado a favor de aceptación de la biografía entre las nuevas historias.

Gonzalo Pasamar